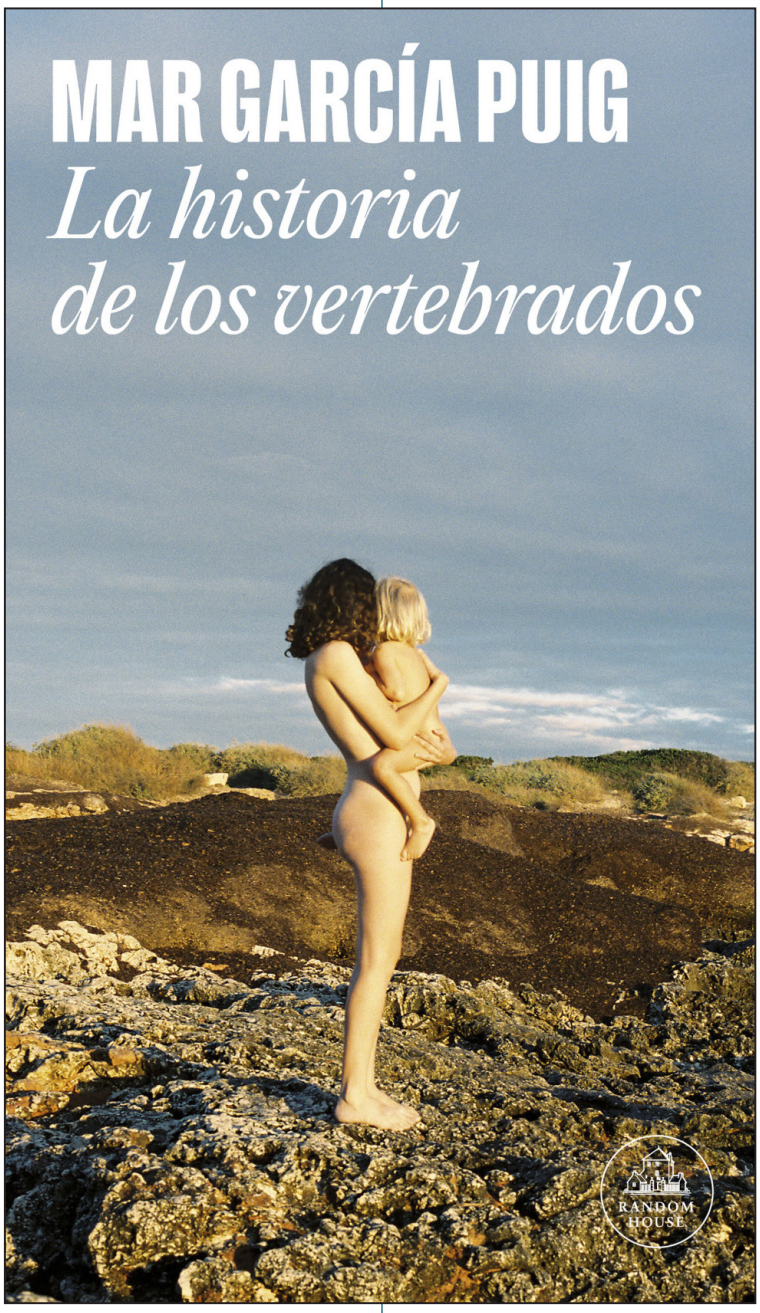
Guía de lectura



Penguin Club de lectura

LA OBRA

Es 20 de diciembre de 2015 y España vota en unas elecciones. Una mujer cuenta contracciones en la sala de dilataciones de un hospital barcelonés, el país cuenta escaños. Uno de esos escaños es para ella, la mujer que horas más tarde da a luz a una niña y un niño. En el acto de parir entierra el mundo tal y como lo conocía hasta entonces y abre las puertas que conectan la vida y la muerte, la luz y la oscuridad.

El nacimiento de los mellizos, que desata en el padre y las abuelas una euforia que resuena con la del país, se convierte para la narradora de esta novela en el inicio de una historia de locura. Porque al parto no le sigue la felicidad espontánea ni aquella plenitud que como por arte de magia debería provocar la maternidad, sino la confusión, la ansiedad, la obsesión y el terror ante la fragilidad de la existencia: la propia y la de unos hijos a los que, dominada por una consciencia exacerbada de la finitud, la madre ama tanto como teme. La muerte asoma en el líquido que supura la pequeña lesión que ha dejado la punción epidural, en las bocas hambrientas de los bebés prematuros, en la leche que no alcanza o en la grieta que se extiende por una pared del hospital, y mientras ella intenta controlar sombras y demonios, en la mirada de los otros ve el reflejo de una loca. Sin embargo, en medio de una marea de pulsiones y pensamientos contradictorios, debe buscar el modo de sobreponerse para poder cuidar de los recién nacidos y asumir, a pocas semanas de parir, el cargo de diputada. Llevar adelante esta doble empresa exige la ayuda de médicos, terapeutas, fármacos y un entorno familiar que, como puede, intenta poner coto a un trastorno postparto que se manifiesta en crisis de ansiedad hipocondríaca y se retroalimenta ferozmente con cada tos, cada mancha en la piel o enfermedad que los hijos padecen.

RANDOM HOUSE

Las semanas se parten entonces entre los días pasados junto a su pareja y sus hijos en Barcelona, donde las excursiones a urgencias pediátricas se suceden, y estadías en Madrid en las que, sorteando el escarnio en las redes y el machismo que aún acarrean muchos compañeros de partido, busca los modos de dar voz a todos aquellos que confiaron en ella. En el ir y venir entre el espacio íntimo de la crianza y la escena política, crecen el remordimiento, el miedo y otros monstruos internos, pero también, los lazos que anudan lo personal con lo colectivo y abren paso a la sanación. A través de la literatura, el arte y los mitos que cimientan nuestra cultura, la narradora aprende a mirar sus heridas y rendirse a su vulnerabilidad, y encuentra en las figuras literarias de la antigüedad o los testimonios de mujeres victorianas desconocidas el lenguaje para nombrar una sinrazón que sale a superficie de la mano de la maternidad y todos los afectos que confluyen en ella.

CLAVES DEL LIBRO

Las locas, cuenta Mar García Puig, siempre han cantado y declamado versos porque el desenfreno lírico es la única lengua posible para hablar desde el miedo, el dolor y el extravío que gobiernan su existencia y que pueden desencadenarse en apenas un instante: aquel en que una mujer se convierte en madre y nota como un pozo oscuro se abre bajo sus pies. Ante el quiebre mental que supone para ella el nacimiento de sus hijos, García Puig une su voz a la de un coro femenino cuyo canto se remonta a la antigüedad y compone así *La historia de los vertebrados*, una obra que recoge su experiencia y está escrita para encontrar consuelo, pero ante todo, para conservar la memoria de tantas mujeres que, al igual que ella, han tenido que lidiar con los trastornos del postparto. Lo personal ilumina lo colectivo, y viceversa, en un debut literario que expone los contrastes de la maternidad a la vez que señala cómo la experiencia íntima pertenece también al orden de lo político.

El *memoir* y el ensayo confluyen en una escritura híbrida donde el relato de la narradora, que evoca el parto, el estallido de locura y sus primeros meses como madre y diputada, se entrelaza con mitos, historias bíblicas, tragedias clásicas, y los testimonios que ha dejado la psiquiatría acerca de las mujeres que entre el siglo XIX y el XX fueron encerradas en manicomios, lejos de las miradas de una sociedad para la que su sinrazón constituía una manifestación más de lo monstruoso. Con un exquisito bagaje literario y un gran conocimiento de la historia de la medicina, Mar García Puig examina el tratamiento cultural que ha recibido la locura femenina y, concretamente, los trastornos mentales relacionados con la maternidad, e indaga en una serie de figuras que, presas de la melancolía o una ansiedad desbocada, no dan la talla para convertirse en luminosos ángeles del hogar, un rol histórico del cual las mujeres aún no terminan de librarse. Como decenas de damas victorianas apartadas de

sus hijos y confinadas en un hospital o un ático, la narradora se reconoce como parte de una estirpe de malas madres para las que el amor materno deviene ternura y cuidados, pero también un dolor que se resiste a las palabras y conecta con la muerte y el terror a la pérdida. En los versos de Sharon Olds y Sylvia Plath, en las letras que Franco Battiato dedica a su madre o las desgarradas palabras que Eurípides pone en boca de Medea, sin embargo, no hay solo un brutal reflejo del propio malestar, sino también, un hilo precioso que, a la par que conecta generaciones de madres a las que la cordura parece abandonarlas, teje una red sobre el abismo.

Aquella noche del parto en la que todo un mundo se desploma, se convierte para la narradora en el primer paso de un viaje hacia su propia vulnerabilidad, y al mismo tiempo, es el puntapié para mostrar una realidad, el trastorno mental, que el silencio no hace más que agravar. En un momento en el que la salud mental es un tema que está logrando entrar con fuerza en el debate público, *La historia de los vertebrados* ofrece un testimonio personal que se funde en un coro y habla de los estigmas sociales de la enfermedad, del aislamiento, de las redes de cuidado que pueden construirse, de las legiones de Medeas contemporáneas con sus ojeras y su fracaso a cuestas, y de las voces de tantas mujeres a las que los hombres han acallado amparados por siglos de medicina, mitos y política.

LOS PERSONAJES

La narradora

En una misma noche, la narradora de esta historia se convierte en madre y diputada por Barcelona en el Congreso de los Diputados. Tras recibir un diagnóstico de infertilidad a causa de una endometriosis, y tener un embarazo de riesgo, da a luz a bebés prematuros, pero el esperado nacimiento de los mellizos desata en ella un trastorno de ansiedad generalizada que la arroja a bucles obsesivos e hipocondríacos. Bajo el peso de la maternidad y un cargo político que le brinda la oportunidad de dar voz a colectivos de mujeres y luchar por una serie de cambios sociales, se enfrenta a la angustia y un miedo enajenante. En las historias de Medea, Ofelia y tantas otras mujeres arrojadas a la locura encuentra los hilos de donde tirar para aceptar y nombrar su malestar.

«Mientras la euforia del nacimiento se desataba entre el padre, familiares y amigos, otra euforia invadía el país. Ese mismo día, España votaba en las primeras elecciones en las que participaba un nuevo partido, uno que quería representar a la gente común, y la esperanza del cambio planeaba sobre la jornada. Al anochecer, cuando yo contaba contracciones en la sala de dilataciones, el país contaba escaños. Y ambas cuentas confluyeron en una nueva vida para mí, porque uno de esos escaños iba a ser mío. El mismo día del nacimiento de mis hijos, me convertí en diputada del Congreso».

La pareja

Tomás, el marido de la narradora, vela por los mellizos junto a la incubadora mientras su mujer entra en una espiral de ansiedad y obsesión. Con el correr de los meses, además de cuidar de los bebés, Tomás debe construir un muro de contención que ponga freno a la hipocondría de la madre, una suerte de adicción que ella no consigue controlar y la lleva a actuar de manera irracional frente al menor indicio de que sus hijos sufren alguna enfermedad. La tarea resulta desgastante y resquebraja la relación, y él acaba soltando comentarios duros que son la antesala de una ruptura.

«Por la noche le pido a Tomás que hablemos. Quiero contarle que sostengo el mundo en mis manos, aunque él no lo vea, que la vida y la muerte están a la distancia de un pezón seco, un apósito mojado, un cable que se calienta demasiado. Me consta que la psiquiatra ha hablado con él, que le ha contado que lo que me sucede puede ocurrirles a las nuevas madres, que no hay que presionarme, que me recuperaré. Pero él sigue apostado en su glaciar.»

La madre

Al igual que Tomás, y por recomendación de los médicos, la madre de la narradora debe poner coto a la ansiedad de su hija y no dejarse llevar por sus obsesiones. Pese a ello, no cesa de preocuparse por su bienestar, lo que paradójicamente la vuelve blanco de las acusaciones de la narradora, que condena la abnegación materna y, al mismo tiempo, se aprovecha de ella. En el complejo tráfico de afectos que supone esta relación, la madre, sin embargo, termina siendo un sólido puntal que ayuda a transitar el trastorno y a repensar la maternidad.

«Con el tiempo he sabido reconocer que mi madre, de algún modo, dio con la tecla de una clarividente alegría. Esa que comprende que hay unos límites al trabajo materno, que la imperfección existe, que el desastre puede desencadenarse en cualquier momento, pero que hay que actuar con el mismo gozo que si no fuera posible. Mi madre volvió el lamento en baile al ritmo de las folclóricas que ponía en el tocadiscos los domingos por la mañana. Pero no había inconsciencia en ella, ni un atisbo, solo que decidió que la mayor parte del tiempo prefería dejar el cilicio en el armario.

En cambio, yo, incluso ahora, cuando tengo por fin a mi hija en brazos, sana, recién salida del hospital, no le doy tregua a la flagelación. Miro de reojo a mi madre, que me sonríe, y la odio por no odiarme ni siquiera en este momento».

El terapeuta

Jaime, el psicólogo que trata a la narradora, le enseña a entender su trastorno y le brinda as herramientas necesarias para modificar su comportamiento. En el diálogo con este psicólogo cabe toda la humanidad necesaria para tratar la enfermedad, un factor que los fármacos por sí solos no pueden aportar y que le permite a la narradora descubrir la belleza que supone rendirse y dejar de luchar contra la incertidumbre.

«Jaime la llama "trastorno por interferencia de la guadaña". Como fármaco me propone la rendición. "Haz uso de ese verbo, que está mal valorado, pero en realidad es muy bello", me aconseja. A mí, que desafié las reglas de la naturaleza pariendo sin tener trompas de Falopio, a mí, que me presenté de la nada a unas elecciones con la intención de dispensar justicia y amor. No lo veo posible. Pero gracias a los diálogos que entablo con él cada vez aprecio más esa belleza que me perjura que hay en el hecho de rendirse. Lo que él me propone es una rendición terapéutica, que sea consciente de que cuanto más lucho contra la incertidumbre más agravo el problema. Rendirse no es pasividad, es sensatez, asegura Jaime».

FRAGMENTOS

HISTORIA DE LA LOCURA

«Cuando el cortejo de médicos desapareció, se me reveló una realidad en la que no había pensado: yo había dado a luz a un nuevo mundo, porque aquel en el que mis hijos no existían había desaparecido, y hoy empezaba todo. El parto había abierto la puerta que conecta el ser y el no ser, la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, y yo ya no la podría cerrar nunca.

En 1942, la poeta Silvia Mistral escribió después de parir a su hija: "He vuelto de la muerte y no he rezado a Dios". Yo tampoco recé a Dios, pero de la muerte volví solo a medias».

«"¡Que no me vuelva loco, loco no, dulces cielos!", vociferaba el rey Lear, golpeado por la tormenta, la traición y la culpa en su camino inexorable a la locura. Como el mar enfurecido, coronado de malas hierbas y ortigas, cantando y deambulando desorientado, todo un padre se convirtió en niño. Igual que él, empujada en una camilla hacia mi habitación, hecha madre, sentí desfallecer el juicio. ¡Conservad mi razón! ¡Yo no quiero estar loca!, grité en silencio, pero ese cielo sin estrellas no estaba dispuesto a escucharme».

«Pasan unas horas en las que me niego a despegarme de ese lecho de tristeza en el que he convertido la cama. Tomás, mi madre y mi suegra intentan convencerme de que todo va bien. Yo solo acierto a negar con la cabeza. Me piden que vaya a ver a mis hijos, cuatro plantas más abajo, pero estoy pegada a ese colchón teñido de un bermellón que nadie ve. Cada cierto tiempo entra una enfermera, me retira el apósito y me lo muestra, "apósito seco", anotan repetidamente en el historial, seguido de alguna observación psicológica: "acongojada", "pregunta obsesivamente por posibles complicaciones", "ansiosa". Mientras lo hacen, yo les señalo insistentemente a la pared, a una grieta que sube en zigzag desde el zócalo hasta el cielo. Apenas era visible cuando he despertado, pero ahora su profundidad me grita desde el trémulo destello que la ilumina. Me repiten que lleva ahí mil años y que no pasa nada. Pero yo temo que su fuerza hunda el tejado de este edificio repleto de madres y recién nacidos. Poco después de rechazar la comida que me traen al mediodía, llega la psiquiatra. Desde el marco de la puerta, les pide a Tomás y a mi madre que salgan de la habitación. Mientras avanza ha-

cia mí su bata se mueve con un viento inexistente. Se sienta al pie de la cama y antes de que pueda dirigirme la palabra, me rompo en un cavernoso llanto y le digo que voy a morir, y no puedo morir, tengo dos hijos. "Ya no puedo morir –le grito–. Soy madre"».

«El filósofo Michel Foucault afirmó que el tratamiento psiquiátrico victoriano fue una forma de "prisión moral gigantesca". No sé si el fármaco que me van a administrar va a ser celda o alas, pero lo que está claro es que las drogas psiquiátricas han revolucionado nuestro mundo. El consumo de antidepresivos es hoy tan exagerado que se cree que puede llegar incluso a afectar a los ecosistemas. Porque las cantidades que excretamos quienes los tomamos están empezando a filtrarse al medio ambiente. Según un estudio reciente, los cangrejos de río expuestos al agua contaminada con antidepresivos son más temerarios: emergen más rápido de sus guaridas, pasean sus pinzas sin miedo a los depredadores y pierden la noción del tiempo que pasan buscando comida. Serán presas más fáciles pero morirán saciados, imagino, aunque el estudio no dice nada sobre eso.

En mi caso, la temeridad que se espera que realice con este nuevo impulso es olvidar que la guadaña pende sobre mí, bajar a neonatos y mirar a mis hijos obviando la obsesiva voz que me repite que un día ya no podré verlos. En definitiva, que baile mientras toso la vida con los pulmones taladrados. Pero para mi angustia, el hierro es paja y el bronce, madera podrida».

«Durante los meses posteriores al parto se produce el efluvio telógeno, que consiste en la debilitación del cabello y su caída masiva. Siempre he tenido el vicio de acariciarme el cabello y estos días acompaño a menudo con la mano los pelos que van cayendo. Pero un día, cuando estoy sola, siento el deseo de arrancármelo, y procedo a hacerlo sin miramientos, mechones enteros. De una forma compulsiva lo dirijo hasta la boca y lo engullo ante mi propio asombro. Recuerdo que cuando era pequeña, en una visita al zoo, vi al célebre gorila albino Copito de Nieve hacer exactamente lo mismo. Frente al tumulto de espectadores, se arrancaba el pelo sin ningún pudor, lo que seguramente le habría producido las calvas que se observaban en su rosada piel, y se lo tragaba. Tan ancho. Como si fuera lo más normal del mundo.

Poco a poco me voy trasmutando en animal y la razón me abandona».

«Me perturba la salud de los niños, pero también la mía. Mi piel se convierte en un campo plagado de minas, y la visión de una mancha, un lunar o cualquier protuberancia puede hacer estallar el mundo en cualquier momento. Me palpo constantemente, llegando a producirme yo misma morados que luego me inquietan como si no supiera su causa. Y empiezo a sortear la visión de mi cuerpo. Las tinieblas ganan cada vez más terreno a mi alrededor. Me ducho con la luz apagada, me peino en la penumbra, me visto con el reflejo de la lámpara del pasillo. Y evito los espejos. Como una dama en una película de terror que teme que la vela en la mano

ilumine el espectro a su espalda, aparto la mirada cada vez que cualquier superficie me devuelve mi imagen.

Empiezo a someter a mi familia a largos interrogatorios sobre cualquier síntoma. Me duele aquí, qué puede ser. Notas este bulto que me siento en la ingle. Ves esta peca que antes no tenía. Estos mareos no son normales. La red que teje mi hipocondría se apodera de toda la familia. Mi persistencia y mi incapacidad para saciarme acaban confundiendo a todo el mundo que me rodea, y llega un punto en que nadie puede distinguir salud de enfermedad. En esta mansión lúgubre en la que se ha convertido mi casa, ya nadie pisa suelo firme».

«Al salir de la consulta acostumbro a bajar a la playa del Somorrostro, justo enfrente del hospital. En invierno los turistas suelen olvidarse de ella, y más allá de algún viejo sumergiéndose en el agua helada para tonificar el cuerpo o algún paseante con perro incluido, me encuentro sola frente a las olas. Me gusta recoger conchas, que solo pueden encontrarse en temporada baja, cuando las masas de bañistas no han borrado todo rastro de la naturaleza. Encogida sobre la arena, me voy llenando los bolsillos, y cuanto más grandes, mayor es el tesoro que creo guardar. Luego en casa les hago un agujero y les paso un hilo, y me las cuelgo al cuello, orgullosa. Son los colmillos del elefante que acabo de cazar, el trofeo por enfrentarme a la bestia que es mi ansiedad. Y les hago gracias a los niños con el collar, que hace una melodía cuando lo muevo frente a sus caritas, cling, clang, y lo balanceo de un lado a otro para ver si lo siguen con la mirada. Ahí tenéis un pedazo de océano y un pedazo de mi ansiedad, y he sido yo quien los ha prendido, para vosotros, hijos míos, yo os prometo que voy a calmar este mar».

«Poco a poco, y ayudado por mí, David va echando ojeadas al azul inmenso. Aprieta los dedos en mi abrigo, para luego relajarlos, y cada vez permanece más tiempo observando el vaivén de las olas. Sara, más osada, lo mira con cierto aire de guerrera, cómodamente asentada en los brazos de su padre. Algunos de los corales que se esconden bajo estas aguas tempestuosas tienen decenas de millones de años. Yo me conformaría con vivir en simbiosis con mis hijos un lapso de esa eternidad de tiempo. Desde que nacieron, trato de negociar con la muerte y con ese Dios en el que no creo. A veces me sorprendo con un "Hasta los ochenta ya firmaría". Luego pienso que me paso de ambiciosa, y lo bajo hasta los setenta. Pero mientras hago estas cábalas me doy cuenta de que nada me bastaría, que el momento de la disolución de ese vínculo entre alga y coral será siempre una espada».

LAS MALAS MADRES

«[En la Inglaterra del siglo XIX] La locura puerperal desafió la hegemonía de la ideología doméstica. Las mujeres abandonaban sus tareas, retaban a sus maridos, rompían la vajilla y rasgaban las ropas; violentas y sucias, deambulaban por las calles y se mostraban sexualmente descaradas. Sufrían explosiones de ira,

pero también eran capaces de quedarse ensimismadas, como estatuas petrificadas por sus propias culpas. Entonces ningún objeto, por bello que fuera, despertaba sus sentidos, ninguna música era capaz de avivarlas. Fue la ferocidad de la manía lo que más sorprendió y protagonizó la mayoría de los estudios; sin embargo, los médicos observaron que la melancolía era más difícil de curar, serpenteante y traicionera.

Las nuevas madres eran un fracaso viviente del modelo de mujer victoriana, un espectro distorsionado de sí mismas».

«El vocablo deriva del griego mēkōnion, un diminutivo de "amapola" que hace referencia al jugo oscuro de dicha flor. El meconio es de ese mismo color, alquitranado, viscoso y pegajoso. Está formado por los materiales ingeridos durante el tiempo que el bebé pasa en el útero: células epiteliales intestinales, lanugo, moco, líquido amniótico, bilis y agua. Es algo aparentemente repulsivo, pero de alguna manera constituye el último vestigio observable de la presencia de los bebés dentro de mí. Y me lo he perdido. No haber visto el meconio constata también una innegable realidad: no he estado con mis hijos en sus primeras horas de vida. Porque estaba loca, lidiando con Lucifer, cuatro plantas más arriba. Y entonces parece levantarse una leve brisa que se va volviendo viento y me golpea las mejillas con los galones de la historia».

«Una mañana, Sara despierta con tos. Había tosido algo el día anterior, pero la doctora no le dio mucha más importancia y se limitó a decirnos que, si seguía tosiendo, la volviéramos a llevar. Esta mañana tose más. Apenas pesa dos kilos. Su padre la lleva de nuevo al centro de salud. Me quedo con David y le pido a Tomás que le pregunte a la doctora si podemos salir a pasear cuando regrese. Mientras ella tose, yo pienso en volver a pisar la cima. Eso tenía en mente, salir a pasear. Cuando te relajas, cuando te desprendes del miedo que te atenaza, llega la devastación.

El autor infantil Maurice Sendak contó en una entrevista que cuando su padre llegaba a casa contento, feliz con una buena nueva, su madre le hacía callar con un sonoro y siniestro "chsss...": "No vayas por ahí diciendo que te sientes bien, porque podrías provocar la ira de Dios y él te mataría", solía decirle. Yo quería ir a pasear y el universo no me lo perdona. Al cabo de poco de salir de casa, Tomás me llama. Van a ingresar a Sara en el hospital infantil Sant Joan de Déu. Tiene una bronquiolitis».

«Según mi madre y este poema, escrito en el apogeo de la idealización del ángel del hogar, el corazón de una madre jamás olvida que su principal dolor es el de su hijo.

Yo de alguna forma siempre he culpado a mi madre por aceptar ser ejemplo vivo de esta ideología del sacrificio, pero también me he aprovechado de ese papel y a su vez lo he perpetuado. La poeta Lynn Sukenick llamó a esto matrofobia: rechazamos a nuestras madres, tenemos pánico a convertirnos en las mujeres abnegadas y martirizadas que son, porque es más fácil culpar al individuo que reconocer y combatir las fuerzas que actúan sobre él.

Las madres estamos abocadas al fracaso. Porque en toda vida hay caídas. Y al ser nosotras la vía de entrada de esa vida al mundo, no hay nada más fácil que erigirnos en las culpables. Hay un foco que nos deslumbra y nos somete al mayor de los escrutinios, cargamos con la maldición de la maternidad bajo vigilancia: se nos ridiculiza cuando se considera que nuestras demostraciones de afecto e inquietud son desmesuradas, se nos criminaliza cuando se juzga que desatendemos a nuestros hijos. En la cocina del patriarcado, las mujeres nunca podremos dar con las dosis exactas de los ingredientes de la buena maternidad. A ninguna mujer se la cubre de gloria por hacer de madre de sus hijos, al fin y al cabo, está en su instinto, pero si no lo hace, se convierte en la encarnación del mal».

«Vamos en un taxi, camino a urgencias. Me he impuesto a Tomás, a sus súplicas de que razonara, de que esperara a la mañana, de que templara mis pasiones. Llevo a Sara firmemente cogida en mis brazos. Entonces, Tomás lo dice:

"Pobres niños, qué madre les ha tocado".

Pese a tener la brevedad del recorrido de una bala a bocajarro, esas palabras consiguen conjurar toda una parte de la historia. La de las malas madres, cuyos espectros se materializan y se sientan a mi lado, una detrás de otra. Las sobreprotectoras, las dominantes, las castradoras, las posesivas, las tóxicas, las narcisistas, las absorbentes, las ausentes, las manipuladoras, las distantes. Todas ellas, apiñadas, van conmigo ahora en el asiento trasero de este carro tirado por serpientes que cruza la ciudad de Barcelona. "¡Hijos míos! ¡Qué indigna madre os ha tocado en suerte!", nos gritan millones de padres a todas estas Medeas de ojeras eternas».

«En las cartas que Thackeray escribió a su madre, le contó cómo, en esos momentos, Isabella manifestaba que era la culpa lo que la había hecho enloquecer, su incapacidad como esposa y como madre, todas sus debilidades.

Thackeray acabó refiriéndose a ella como "mi pobre inválida" y decidió que era mejor para los dos que no se volvieran a ver. Isabella permaneció ingresada hasta su muerte en 1893, cincuenta y tres años después de que la encontraran flotando en el mar. Su primogénita, Anne Thackeray Ritchie, que a diferencia de su padre solía visitarla a menudo, la acompañó en el momento de su muerte: "Su amado rostro se iluminó con una sabiduría y un conocimiento serenos e indescriptibles. Me pareció que la habitación estaba llena de luz", escribió al recordarlo.

Como Isabella, aunque yo sin palabras, le he confesado a mi suegra, al mundo entero, que "soy una cobarde por naturaleza". Sé que todo esto, los aspavientos constantes ante cualquier contrariedad sintomática, son la carne de mi debilidad. Y creo que Tomás piensa que nunca debería haber tenido hijos conmigo, que las funestas palabras que me dirigió en el carro alado decían exactamente eso, que en mala hora me conoció, que en mala hora decidió perpetuar la especie con una loca. Que yo también soy como una chica de dieciséis años, una inmadura incapaz de cuidar de sí misma, cómo

voy a cuidar de sus hijos. "Los mortales deberían engendrar / sus hijos por cualquier otra vía, / sin que existieran las mujeres", se lamenta Jasón ante Medea, y si hay una mujer que ahora merezca esas palabras, sin duda responde a mi nombre».

«La realidad de mis hijos es contundente. Creo que eso es lo que más me asusta. Yo, que era una estepa, he creado dos hechos innegables. Yo, que había imaginado, analizado, teorizado sobre mi maternidad, durante años, me asusto ante su materialidad. Percibía la idea de ser madre como algo abstracto, un proyecto de vida, un modelo de familia, incluso una apuesta política. Y entre lloros, pañales, succiones, he descubierto una visceralidad que me aterroriza, que me supera, que se resiste a razonar, que revoluciona cualquier predicción, que subvierte todas las planificaciones. Hay una inmediatez en el oficio de madre para la que nunca he sido buena, en la que soy desmañada, en la que vacilo, en la que me aturullo».

LA VOZ DE LAS MUJERES

«Al salir de la consulta, el crujido de las hojas bajo mis pies sonó especialmente hueco. Las calles vestían repentinamente de luto. La ceniza que cubría el suelo se me pegó en los talones y manchó ligeramente la tapicería del taxi que me llevaba a una de las asambleas políticas que ocupaban mi rutina esos meses. El gran partido del cambio, ese con el que queríamos transformar la forma de hacer política, había empezado su construcción recientemente, y desde el primer día supe que quería ser ladrillo. Durante meses simultaneé toda clase de pruebas que sopesaban mis opciones de ser madre con la laboriosa batalla para conseguir que las mujeres tuviéramos voz en esas largas sesiones en las que debatíamos hasta la consunción. Pasé por una operación quirúrgica que impugnó la improductividad de mi cuerpo, y a la vez impugné junto a tantas hermanas una deriva política que demasiado a menudo amagaba con retornarnos al silencio de la historia».

«En el siglo XIX, un legislador de Massachusetts proclamó: "Conceded el sufragio a las mujeres y tendréis que construir manicomios en todos los países y establecer un tribunal de divorcios en cada ciudad. Las mujeres son demasiado nerviosas e histéricas para entrar en política". Cuánto le hubiera gustado a ese hombre conocerme justo después del parto, cómo habría disfrutado de la visión de una mujer, diputada y madre, en la cúspide de su reconocimiento y madurez, venirse abajo. Ese señor distinguido, vestido en un impoluto traje de lana, me mira burlón desde un rincón de la habitación en la que despierto al amanecer. Han pasado pocas horas desde que di a luz y, al levantar los párpados, me sorprende el fuego boreal que entra por la ventana».

«Si elegí que el grupo de apoyo mutuo estuviera integrado únicamente por mujeres, es porque creo que hay algo que nos une en nuestra relación con la locura. En el Museo de Arqueología de Madrid, una

trágica crátera muestra la locura de Heracles, que lo lleva a arrojar a su hijo a la pira. Desde un rincón de la cerámica, la diosa Manía, personificación de la locura y culpable del asesino delirio del héroe, lo mira sin asombro. Hoy la diosa se cuela en las consultas de los psiquiatras, donde somos mayoritariamente las mujeres las que nos tumbamos en el diván. De cada diez pastillas psiquiátricas que se recetan, ocho son para nosotras. Incluso la OMS demuestra con cifras aplastantes esta asimetría entre sexos. Si preguntamos a los médicos y no a las deidades griegas, dirán que vivimos factores de riesgo que nos inclinan a la demencia y a la pena: violencia de género y abusos sexuales, miseria y precariedad, jornadas infinitas. Si preguntamos a las mujeres que van a sus consultas, añadirán también que, por su experiencia, todo en nosotras es susceptible de leerse como locura».

ENTRE LO ÍNTIMO Y LO POLÍTICO

«Ya en el siglo XVI, el anatomista francés Jacobus Sylvus seguiría la tradición hipocrática al anunciar que la matriz, pequeño mundo en sí misma, es doble y es en su parte derecha, donde la sangre tiene mejor temperatura, donde crece el más noble de los sexos, el masculino; el femenino se tiene que conformar con el izquierdo, más pobre y triste. Pero mi cuerpo decidió que lo haría al revés. La niña, a la que íbamos a llamar Sara, se encontraba situada verticalmente a la derecha, y su hermano, de nombre David, estaba echado en la parte izquierda. Según Sylvus y sus colegas, eso entrañaba un riesgo: esas mujeres viriles y autoritarias, esas que tenían la desfachatez de ocupar el espacio reservado a los hombres, habían sido concebidas por error en el lado derecho del útero. Y de eso se derivaba también que muy probablemente mi hijo iba a ser un macho afeminado, delicado y quebradizo como la madre que lo pariría. Ya entrado el verano, que me dejó bañada en sudores recibí una propuesta inesperada: me querían de candidata a las próximas elecciones al Congreso de los Diputados. Advertí de mi situación, les dije que no esperaba uno, sino dos bebés, que muy probablemente el inicio de la legislatura coincidiría con el fin de mi embarazo, pero mantuvieron en pie su oferta: te queremos ahí. Y el híbrido dijo sí a través de mis labios. Unas primarias acabaron de validar mi deseo, y me convertí oficialmente en candidata por Barcelona».

«Los programas de los partidos no suelen ser prolijos en medidas para las madres. Menos cuando se ha tratado de controlarla, prohibiéndola o fomentándola sin fin, la política ha dado la espalda a la maternidad. Mi grupo parlamentario defiende sin embargo una medida que desde el principio levanta polvareda: la equiparación de los permisos maternos y paternos, y que además estos sean intransferibles. Con ello se pretende que los hombres no puedan renunciar al ejercicio de su paternidad y avanzar en la simetría de la responsabilidad de la crianza, pero también acabar con la losa que pesa sobre las mujeres en edad fértil en el mercado laboral, que nunca más

ninguna de nosotras vuelva a ser mortificada en las entrevistas de trabajo por la más inoportuna de las preguntas. Es una de las primeras leyes que queremos impulsar y, como vocal de la Comisión de Igualdad, soy una de las responsables. Yo, que tengo al padre de mis hijos pegado a sus cunas, que cruzo cada semana el desierto distanciándome veinte mundos de ellos, y que en cambio soy incapaz de desprenderme del peso de la culpa cada vez que veo un carrito por la Gran Vía y pienso que no soy yo quien tira del de mis hijos, debo reunirme con colectivos de madres a menudo y ser autoridad. La finalidad es conocer sus visiones sobre la nueva ley que proponemos, defenderla y buscar ese consenso que ni siquiera he alcanzado conmigo misma».

«El grupo parlamentario decidió crear el chat en esta plataforma con el convencimiento de que, gracias a sus sofisticados métodos de encriptación, nadie ajeno entraría ni sacaría siquiera una sílaba de nuestras conversaciones. Lo que sí parece que ha podido entrar sin ningún tipo de reserva es la hostilidad. Una vez que ha pasado la euforia de las primeras semanas y el afecto repentino entre desconocidos que esta provocó, se van repartiendo los papeles, y algunas nos quedamos con los menos agradecidos. Los espacios de debate de los que nos hemos dotado son casi desiertos, los métodos de participación de los diputados en las decisiones importantes han quedado reducidos a ruinas sin que apenas los hayamos usado. La información es el verdadero tesoro que esconde esta casa y no las obras de arte que cuelgan con firmas célebres, y desafortunadamente esta es mucho más escurridiza y fácil de esconder que los óleos impresionantes. Pronto se hace evidente que las decisiones se toman en despachos a puerta cerrada y en bares donde circula el vino y los golpes en la espalda de camaradería masculina».

«Los psiquiatras quizás dirían que en mi entrada en política hubo algo de delirio de omnipotencia: pensé que con mis acciones podría cambiar el mundo, que podría vencer a las fuerzas económicas y morales que iban a tratar de impedírmelo. Pero también hay algo de locura en la capacidad de permanecer en política, indemne a las dinámicas de partido que pueden hacerte trizas en un parpadeo. Un poco como una hoja de hierba, tienes que estar dispuesta a permanecer imperturbable ante los altibajos de la sequía y la lluvia, a que tan pronto te sienten a la diestra de los cielos como te arranquen de cuajo y te dejen sin raíz. No me desenvuelvo bien en esos lares: carezco de estrategia y de familias que me protejan. Entiendo que la política implica, además de señalar el error ajeno, admitir el propio, y no puedo negar que yo y los que me rodean cometemos unos cuantos. Y eso me hace inmensamente débil en un reino en el que la debilidad, lejos de una oportunidad, se considera el mayor de los pecados».

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La historia de los vertebrados* comienza la noche del parto, cuando la narradora siente que con el nacimiento de sus hijos da a luz a un nuevo mundo y, de pronto, vida y muerte se conectan. ¿Por qué convertirse en madre supone un quiebre de estas características? ¿Os sorprende? ¿Qué afectos y pensamientos entran en juego con la llegada de la maternidad?

2. Al mismo tiempo que da a luz, la narradora es elegida diputada, iniciando así una nueva vida que transcurre entre Barcelona y Madrid, o mejor, entre la intimidad doméstica de la crianza y la exposición pública de la política. Desde el párrafo que abre el libro en adelante estos ámbitos, en principio contrapuestos, se entrelazan una y otra vez a lo largo de la novela. ¿Cuáles son los hilos que conectan los dos ámbitos? A partir de lo que Mar García Puig relata, ¿pensáis que existe una frontera firme entre lo íntimo y lo político o se trata de territorios permeables?

3. Siguiendo el hilo de la pregunta anterior, ¿el retrato íntimo de una política que nos ofrece Mar García Puig se acerca a la manera en la que se suelen representar a las figuras políticas en activo?

4. La locura, tal y como lo demuestran las citas y referencias de este libro, es un tema recurrente en la mitología, el arte y la literatura, y ha sido abordado desde perspectivas que van de la exaltación trágica a romantizar la enfermedad, pasando por discursos morales que ponen al loco del lado de lo monstruoso o lo animal. ¿Desde qué perspectiva la autora representa a la locura en su novela? ¿Añade matices que desconocíais?

5. En su novela, Mar García Puig recoge no solo su experiencia, sino también el testimonio de enfermos mentales del pasado, especialmente de mujeres victorianas a las que se las diagnostica locura puerperal. Leyendo estas historias, ¿hasta qué punto los diagnósticos están influenciados por una mirada patriarcal sobre las mujeres? ¿Por qué la enfermedad mental parece afectar más a las mujeres?

RANDOM HOUSE

6. Los casos de locura puerperal se multiplican en una sociedad, la victoriana, que asigna a la mujer el rol del ángel del hogar. ¿Qué relación se establece entre los trastornos mentales y las expectativas sociales que pesan sobre las mujeres? ¿El ángel del hogar es una figura del pasado o todavía este concepto pervive y rige las vidas de las madres, aunque tengan empleos remunerados fuera de sus hogares?

7. Al hablar de la relación con su madre, la narradora dice que «Las madres estamos abocadas al fracaso.» ¿Qué opináis de esta frase? ¿Cuál es hoy la medida del fracaso de una madre? ¿Qué factores condicionan a que, hagan lo que hagan, las madres siempre fracasen?

8. *La historia de los vertebrados* relata una historia personal signada por una crisis de salud mental que se desencadena en el momento en que la narradora se convierte en madre. La novela expone así un tema del que se habla muy poco: los trastornos mentales asociados al parto y la maternidad. ¿Por qué este tema resulta tan incómodo en nuestra sociedad? ¿Consideráis que es un tabú? ¿Existe una relación entre el silencio que se guarda respecto a la depresión postparto y otros trastornos, y la construcción de una figura materna que se sostiene en conceptos como la felicidad, la plenitud o la abnegación?

9. A lo largo de la historia, la locura ha sido encerrada en manicomios lejos de los centros urbanos, aislada, escondida y, en definitiva, invisibilizada y silenciada. ¿A qué se debe esta negación de la enfermedad mental? ¿Qué consecuencias tiene para la sociedad y para la protagonista del libro? ¿Pensáis que en los últimos años se están dando cambios respecto al tratamiento que se le da a la salud mental en los medios o a través de debates como el que ha abierto la Ley de Salud Mental propuesta por Unidas Podemos?

10. A la hora de romper el silencio, a los estigmas que pesan sobre la salud mental se añade, según explica la narradora, la dificultad para aquellos que sufren ansiedad de expresar un malestar que, por sus propios mecanismos, se resiste al lenguaje. ¿De dónde saca ella las palabras para contar su experiencia? ¿Qué nos dice su relato acerca de la importancia de compartir testimonios?

11. En el relato de la narradora se hilvanan las experiencias personales con los testimonios de otras mujeres y las historias que pueblan la literatura, el arte, la poesía y la filosofía. ¿Cuál es el papel de estas voces en un relato centrado, a primera vista, en lo personal? ¿Qué herramientas encuentra la narradora en la literatura para transitar la enfermedad y comprender la naturaleza de su malestar?

12. Si la literatura ofrece no solo referentes sino también una lengua para expresar la locura, las sesiones con el psicólogo o el grupo de apoyo mutuo son espacios valiosos que ayudan a comprender el trastorno y aceptar la vulnerabilidad. En un momento donde hay voces que hablan de un uso excesivo de los fármacos para tratar la salud mental, ¿cuál es la reflexión de *La historia de los vertebrados* respecto al debate sobre privilegiar la psicoterapia o los fármacos para tratar trastornos como la ansiedad o la depresión? ¿Y cuál es vuestra opinión?

13. En los últimos años se han publicado varios libros, tanto de ficción como de no ficción, que hablan de las malas madres: aquellas mujeres que enloquecen, abandonan o incluso pueden matar a sus hijos. ¿Qué aporta *La historia de los vertebrados* a la reflexión sobre las maternidades imperfectas? ¿Qué nos dice Mar García Puig acerca de las Medeas contemporáneas?

14. Del espacio de la maternidad, hecho de contrastes, miedos y roles imposibles, Mar García Puig nos lleva al Congreso de los Diputados, un ámbito en el que también existen contradicciones. Según su testimonio, ¿se puede hablar de igualdad en el ámbito de la política? ¿Creéis que aún hay un sesgo de género transversal a todos los partidos?

15. *La historia de los vertebrados* nos ofrece un relato íntimo sobre lo que significa vivir con un trastorno mental y al mismo tiempo traza una suerte de historia de la locura de las madres. Tras leerlo, ¿cuál ha sido para vosotros el valor de acceder a un testimonio de este tipo? ¿Qué nos dice Mar García Puig acerca de la importancia de conservar la memoria de los enfermos mentales?

LA AUTORA

© Rita Puig-Serra

Mar García Puig (Barcelona, 1977) es licenciada en Filología inglesa y tiene un máster en Lingüística. Editora de profesión, ha publicado artículos en medios como *La Vanguardia*, *El Periódico*, *elDiario. es*, *Público* o *CTXT*. Ha colaborado en los libros *LGTBI* (Sembra Llibres, 2020), *Neorrancios. Sobre los peligros de la nostalgia* (Península, 2022) y *Más que visibles* (Egales, 2022). Desde 2015 es diputada por Barcelona en el Congreso de los Diputados, donde ejerce como portavoz en la Comisión de Cultura. Vive entre Madrid y Barcelona, y *La historia de los vertebrados* es su primer libro.

RANDOM HOUSE

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *LA HISTORIA DE LOS VERTEBRADOS*

«El libro del año».
Juan José Millás

«Un libro único, valiente y asombroso que anuda lo íntimo y lo histórico, lo familiar y lo mitológico, poesía y política, amor y dolor, locura y lucidez, para iluminar con delicadeza una de las caras más oscuras de la maternidad».
Isaac Rosa

«Un libro híbrido y maravilloso, tan monumental como íntimo. Sus palabras resuenan simultáneamente en nuestra sensibilidad política y poética: con *La historia de los vertebrados* todas las locas entendemos las razones de nuestra melancolía y nos ponemos a cantar».
Marta Sanz

«Sobre la locura de las madres, sus debilidades y sus fortalezas, a menudo dos caras de la misma moneda. Un libro erudito, tierno y duro, y honesto siempre».
Katixa Agirre

«"La libertad es terapéutica", escribió alguien en la pared de un manicomio clausurado. Aquella inscripción se proyecta sobre el libro extraordinariamente libre, tan bien concebido como ejecutado, de Mar García Puig. Un potente testimonio de su experiencia de "locura puerperal". Un tapiz delirante y cuerdo que se dispara en varias direcciones».
Enrique Vila-Matas

«Una historia íntima que es a su vez una historia política de esa estruendosa explosión de afectos que significa la maternidad. Mar García Puig nos regala sus poderosas experiencias como madre primeriza en el Congreso de los Diputados, y con ellas traza un vínculo con las "barrigas llenas" de la literatura, el teatro, la filosofía y el arte a lo largo de los siglos. Leyendo *La historia de los vertebrados*, se me hace imposible no acordarme de la escritura memorística de Deborah Levy o Maggie Nelson».
Luna Miguel

Penguin Club de lectura
www.penguinclubdelectura.com

Penguin Random House Grupo Editorial